

# RESEÑA



DANIELA SPENSER (COORD.), *ESPEJOS DE LA GUERRA FRÍA: MÉXICO, AMÉRICA CENTRAL Y EL CARIBE*, MÉXICO, CIESAS/SRE/MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, 2004, 392 PP.

*Pablo Yankelevich*

Escuela Nacional de Antropología e Historia

No representa ninguna novedad afirmar que en la periferia del mundo desarrollado la Guerra Fría no fue tan fría; sin embargo, en el estudio de esta Guerra constituye todo un desafío proponer un nuevo enfoque metodológico poniéndolo a prueba en investigaciones sobre casos concretos.

Los 11 textos que contiene el libro tienen un común denominador: ampliar la mirada y enriquecer los enfoques sobre este conflicto a partir de entenderlo como un fenómeno para nada constreñido a los avatares de la *Realpolitik*, sino y sobre todo, descifrable a partir de comprender la articulación de las políticas diseñadas en Washington y en Moscú, con los factores culturales y con la geometría ideológica en la que se movieron los distintos actores políticos de las naciones que se estudian.

*Espejos de la Guerra Fría* muestra los límites de un antiguo modelo interpretativo, y pone en acción nuevas propuestas, invirtiendo en muchos casos los términos del análisis tradicional, esto es, colocando a la periferia en el centro de un nuevo paradigma que busca comprender cómo los intereses y los conflictos nacionales fueron más o menos funcionales al enfrentamiento bipolar.

Las investigaciones que contiene el libro muestran el uso simplificador dado al concepto de Guerra Fría, no sólo por demeritar el papel que desempeñaron los países de la periferia en el curso de los distintos conflictos, sino además porque en no pocas circunstancias se demuestra que Washington tenía información confiable acerca de la inexistencia de una “conspiración soviética” en el origen de muchos de los enfrentamientos y que, a pesar de su falsedad histórica, se insistía en este argumento dada su elevada eficacia política.

Este libro derrumba mitos y vuelve mucho más complejo el acercamiento a la historia de la Guerra Fría en América Latina, y ello se debe no sólo a un esfuerzo metodológico sino también al extraordinario arsenal documental consultado por

los autores: entrevistas con testigos y protagonistas de los procesos estudiados, documentos desclasificados junto a archivos en Estados Unidos, América Latina y Europa abiertos por primera vez al escrutinio público.

Una introducción a cargo de Friedrich Katz traza las coordenadas históricas del proceso político mundial sobre el cual se desarrolló aquello que llamamos Guerra Fría; para de inmediato dar entrada a la primera de las cuatro partes en que está organizada la obra. Richard Saull y Gilbert Joseph, en sendos trabajos, abordan el tema desde una perspectiva metodológica e historiográfica. El primero lanza un propuesta que no queda en el vacío sino que es retomada por la mayoría de los autores: se trata “de posicionar al sur en el centro de la Guerra Fría, en su evolución y en su final”, y para hacerlo define a “la Guerra Fría como una forma del conflicto social global entre Estados y fuerzas sociales asociadas con los sistemas sociales rivales del capitalismo y el comunismo” [Spenser, 2004: 32]. Para llevar a buen puerto esta proposición, Joseph indaga en la historiografía de la Guerra Fría y advierte que no sólo América Latina está ausente, sino que además en la mayoría de los estudios se privilegia la dimensión geopolítica y que, si bien esta dimensión ayuda a comprender mejor el lado político y militar del conflicto, de nada sirve para incursionar en los perfiles ideológicos y culturales. En función de esto, lo que hace falta, indica Joseph, es “comprender mejor la dinámica de bases populares y los significados de la Guerra Fría latinoamericana, un marco que integre con mayor eficacia las dimensiones internas e internacionales del conflicto” [*ibid.*:81], sobre este diagnóstico propone una historia social y cultural de esta confrontación en tanto esfuerzo que complementa los acercamientos clásicos de la historia diplomática.

Los restantes textos que integran el libro se dedican, en mayor o menor medida, a poner a prueba estas propuestas. Cuba ocupa una centralidad notable, la mitad de los trabajos están dedicados a la isla, y el resto apuntan a Guatemala, México y Centroamérica en la década del setenta y ochenta del siglo pasado.

La excepcionalidad mexicana es estudiada por Lorenzo Meyer, Eric Zolov y Jürgen Buchenau. Excepcionalidad en el sentido de que México, en el contexto latinoamericano, salió relativamente bien librado del conflicto este-oeste. Meyer apunta que para entender las razones por las que el país no experimentó disrupciones institucionales de grandes proporciones, es necesario remitirse al conjunto de acuerdos que selló el régimen revolucionario con Estados Unidos a partir de 1928-29, acuerdos que en lo fundamental establecían un intercambio donde Estados Unidos canjeaba estabilidad y seguridad en su frontera sur, por tolerancia con las no pocas veces desafiantes posiciones internacionales de México. Entender ese intercambio, indica Meyer, vuelve inteligible la prolongada vida del régimen autoritario mexicano [*ibid.*:97]. Régimen que tuvo en su política exterior, al decir de Buchenau, un espacio privilegiado de construcción y preservación de

la cultura política nacionalista [*ibid.*:120], y que a pesar de ello, esa misma conducta exterior mostró inconsistencias notables, como lo evidencian las contrastantes posturas frente al golpe en Guatemala en 1954 y a la Revolución Cubana un quinquenio más tarde. Por su parte, Eric Zolov con un mayor compromiso por las propuestas de Gilbert Joseph, reconstruye un auténtico mosaico de actores e intereses tras el episodio que marcó la vida de la ciudad de Morelia en abril de 1961: el saqueo y quema de las instalaciones y equipamiento del Instituto Cultural Mexico-Norteamericano como respuesta al desembarco mercenario de Bahía Cochinos. Este episodio sirve de puerta de entrada para incursionar en un momento decisivo en la historia contemporánea mexicana: la llegada al poder de Adolfo López Mateos, la refuncionalización del discurso heredado de la Revolución mexicana, la imagen del país en América Latina, y en ese contexto el surgimiento de una nueva cultura de izquierda en México en medio de una estrecha colaboración del gobierno mexicano con el de Estados Unidos en la represión de actividades a favor de Cuba. El trabajo de Zolov es revelador al demostrar la asimetría de significados asignados al ataque al Instituto de Morelia. Mientras para Washington este acto confirmaba que el comunismo soviético en México tenía una fuerza auténtica, para el régimen mexicano en realidad se trataba de contener el liderazgo de Lázaro Cárdenas en tanto referente de una nueva izquierda mexicana. Zolov profundiza en los climas culturales de la capital michoacana, explora en las profundidades de una generación de jóvenes cuyas aspiraciones de justicia y libertad se veían reflejadas en la experiencia cubana, y analiza el papel del ex presidente Cárdenas como catalizador del descontento estudiantil de cara a un régimen que había claudicado a sus compromisos históricos.

La Guerra Fría y la guerra centroamericana se analiza en dos textos. Carlota McAllister realiza un magnífico estudio de caso muy esclarecedor de las dimensiones étnico-culturales del conflicto bipolar en el contexto de una comunidad indígena guatemalteca. La autora explica los nexos entre la política norteamericana hacia Guatemala después del golpe de 1954 y una exitosa movilización de mujeres en la localidad de Chupol que, en 1979, impidió la leva obligatoria de los hombres de esa comunidad. Se trata de un ejercicio impresionante por encontrar los ríos profundos de esa movilización, demostrando que la Guerra Fría no fue sólo el enfrentamiento cupular de políticos y militares en la capital del imperio o en ciudad de Guatemala, sino que también fue parte de la vida cotidiana de la gente común en sus luchas políticas. Por ello, McAllister se da a la tarea de conectar la teoría de la modernización, formulada por Walt Rostow, promotor de la Guerra Fría y hombre de confianza de las administraciones de los presidentes Kennedy y Johnson y sus efectos en un mercado indígena localizado en una pequeña población del municipio de Chichicastenango. La autora, munida con las herramientas de la historia y la antropología, reconstruye el intrincado cami-

no que recorrió una comunidad indígena que, como consecuencia de los éxitos parciales de las políticas de modernización diseñadas desde Washington y de las profundas transformaciones en el pensamiento y la acción catequista de la iglesia católica guatemalteca, terminó asumiendo posiciones que impugnaron al sistema capitalista [*ibid.*:276]. McAllister puede dar cuenta de esta paradoja gracias a su esfuerzo por comprender las políticas diseñadas a la sombra de la Guerra Fría en su articulación con la función y significado étnico de las actividades mercantiles y las prácticas religiosas en una comunidad indígena.

Por otra parte, el libro explora una dimensión antes desconocida. Los grados de autonomía respecto al centro con que naciones de la periferia se comportaron durante la Guerra Fría, al punto que sus políticas llegaron a destrabar acciones específicas tanto desde Washington como desde Moscú.

Ariel Armony estudia el caso argentino y su campaña por combatir al comunismo internacional más allá de las fronteras nacionales. Los militares rioplatenses, después de haber exterminado lo que llamaron “la amenaza subversiva”, estimaron parte de su responsabilidad extender esta cruzada a espacios donde el comunismo parecía ganar terreno, tal fue el caso de Centroamérica durante los años setenta. El ejército argentino comenzó entonces a exportar su propio *know how* antisubversivo que incluyó armamento, adiestramiento, labores de inteligencia y asesoría en financiamiento y ejecución de “guerras sucias”. Todo ello a contramano de una administración Carter que había declarado un embargo de armas a Centroamérica en medio de sus preocupaciones por la vigencia de los derechos humanos en el subcontinente. Armony desenreda la madeja de intereses y exhibe una sucesión de operaciones encubiertas y vínculos con el narcotráfico, que no hicieron más que allanar el camino de lo que años más tarde sería la política de Reagan hacia la región centroamericana. En realidad, concluye Armony, Estados Unidos “compró” el proyecto de los militares argentinos una vez que éstos perdieron toda capacidad de acción tras la derrota en la Guerra de Malvinas [*ibid.*:346].

Si Argentina actuó autónomamente en Centroamérica, sobre la base de un anticomunismo propio, independiente aunque potenciado por Estados Unidos; la contracara de este fenómeno fue Cuba y sus acciones en América Latina y en África apoyando proyectos políticos de corte socialista. Tres textos están dedicados a Cuba desde una perspectiva que privilegia la relación de la isla con el bloque soviético, y en ellos se muestran las grietas en esa articulación y en no pocas ocasiones la independencia de criterio respecto a la posición soviética.

Piero Gleijeses pasa revista a la política cubana hacia África desde los años sesenta en Argelia, el Congo, Guinea Bissau, Cabo Verde, Zaire hasta la guerra civil en Angola en 1975. Con un despliegue sorprendente de fuentes documentales provenientes de Estados Unidos, Europa y Rusia, muestra en detalle los pliegues del servicio de inteligencia norteamericano, las contradicciones entre la

información real y confiable que el gobierno norteamericano tenía sobre el actuar autónomo de Cuba y un discurso oficial que ubicaba ese actuar como un designio de las políticas soviéticas. Además, el autor exhibe las diferencias existentes entre Cuba y la URSS, e inclusive la información que se tenía de los desacuerdos entre Fidel Castro y el Che Guevara en la política hacia África. Contrariamente a lo que la historiografía afirma, Gleijeses demuestra que la política exterior cubana hacia el Tercer Mundo estuvo asentada en dos pilares: la independencia frente a los soviéticos y un idealismo revolucionario dispuesto a combatir en cualquier latitud el colonialismo [*ibid.*:160 y ss], subrayando que la abolición del apartheid en buena medida está en deuda con el accionar de millares de soldados cubanos en África y otros tantos millares de médicos, maestros, agrónomos y un sinfín de profesionales que prestaron servicios civiles en comunidades africanas en los años setenta del pasado siglo.

En 1962 la Guerra Fría estuvo a punto de convertirse en una conflagración nuclear cuyos principales objetivos fueron los territorios de Estados Unidos y de la URSS. Los misiles soviéticos en Cuba desataron la mayor crisis nuclear que hemos vivido y el estudio de esa crisis corre a cargo de Adolfo Gilly y de Daniela Spenser. Por un lado, Gilly realiza un ejercicio por demás sugerente: combinar su experiencia personal de haber vivido en La Habana aquellos días de octubre de 1962 con el oficio de un historiador que, cuatro décadas después, revisa los acontecimientos a la luz de fuentes nuevas y testimonios de los principales actores de la crisis. El centro del análisis radica en el deslinde de significados que tuvo el episodio para cada uno de los protagonistas: para Estados Unidos aquello fue una auténtica amenaza, para la URSS una real posibilidad de extender sus bases en el Caribe, y para Cuba una garantía de sobrevivencia de su revolución. Sin embargo, el final de la crisis, producto de negociaciones en la que Cuba nunca fue consultada, desató un conflicto entre Moscú y La Habana que es estudiado en detalle por Daniela Spenser. La autora y también coordinadora del libro, se sumerge en un terreno particularmente complejo tratando de desentrañar la tensión entre la diplomacia soviética convencida de la necesidad de “coexistir pacíficamente” con el capitalismo y el apoyo que Moscú estaba obligado a dar para la ampliación del socialismo en los distintos espacios nacionales de la órbita capitalista. La tensión fue irresoluble y por tanto motivo de infinidad de conflictos entre la política del Estado soviético y su diplomacia, es decir la contradicción entre los vínculos de la URSS con los partidos y los movimientos revolucionarios y los vínculos de la URSS con los gobiernos donde actuaban esos partidos y esos movimientos. Sobre esta base, Spenser estudia las consecuencias de la retirada soviética de Cuba, tanto en el espacio isleño como en el resto de América Latina, colocando el conflicto en una dimensión aún mayor: la erosión de la credibilidad soviética en el campo socialista y el consecuente aumento de las simpatías a

favor de China. La revisión de fondos documentales hasta ahora desconocidos permite a Spenser introducir un elemento nuevo entre las consecuencias del enfriamiento de las relaciones cubano-soviéticas a partir de la inconsulta retirada de los misiles. Moscú inició un reforzamiento de los financiamientos a los partidos comunistas en América Latina, pero lo que aún es más sorprendente, Moscú inauguró una política permisiva hacia estrategias de lucha armada después de haberla condenado como una vía al socialismo. El esfuerzo soviético por tratar de congraciarse con el régimen cubano, pero aprovechando las contradicciones y los límites que impuso el bloqueo norteamericano, permite a la autora echar luz sobre cuestiones medulares de la historia de las guerrillas en América Latina.

En síntesis, se trata de un libro importante por su notable coherencia metodológica, por estar fundado en auténticos hallazgos documentales, pero además por invitar a la indagación de un conflicto central sobre el que se edificó el orden político latinoamericano en la segunda mitad del siglo xx.